

Cuidado, lector, no abras este libro a la ligera...
El mal reside en el interior y quiere algo a cambio de su relato



Demonio de libro



• CLIVE •
BARKER

La última novela de un genio del terror, autor
de 'Hellraiser' y los 'Libros de sangre'

Esta escalofriante novela, en la que un demonio medieval se dirige directamente al lector con tono mortífero unas veces y seductor otras, es una autobiografía nunca antes publicada que fue escrita en el año 1438. El demonio se ha introducido en las mismísimas palabras de esta historia de terror y ha convertido el libro en un objeto peligroso y lleno de amenazas con la intención de liberarse y ejercer su poder.

El relato del señor B., un brillante y realmente perturbador tour de force de lo sobrenatural, conduce al lector a un íntimo y revelador viaje para descubrir la espeluznante verdad sobre la batalla entre el Bien y el Mal.

Capaz de abordar tanto lo inimaginable como lo indescribible, Clive Barker revive nuestras pesadillas más profundas y siniestras, creando visiones a la vez estremecedoras, conmovedoras y terroríficas.

«El trabajo de Barker hace que parezca que los demás llevamos dormidos los últimos diez años» —Stephen King

«Barker es a la literatura de terror lo que Borges es a la fantástica: un excepcional subversor de las convenciones del género» —La Guía del Ocio

*Para Emilian David Armstrong.
Con todo mi amor y agradecimiento a Pamela Robin-
son*

Quema este libro.

Vamos. Rápido, mientras aún quede tiempo. Quémalo. No leas ni una palabra más. ¿Me has oído? Ni una sola palabra más.

¿A qué esperas? No es tan difícil. Simplemente deja de leer y quema el libro. Es por tu propio bien, créeme. No, no puedo explicarte el motivo, no tenemos tiempo para explicaciones. Cada sílaba que permitas que tus ojos recorran te causará más problemas. Y cuando digo problemas, me refiero a cosas tan aterradoras que tu cordura no soportará verlas ni sentir las. Perderás el juicio. Te convertirás en un vacío viviente, todo lo que alguna vez has sido desaparecerá por no haber hecho algo muy sencillo: quemar este libro.

No importa que te hayas gastado tus últimos ahorros en comprarlo. No, y tampoco importa si fue un regalo de alguien a quien quieres. Créeme, amigo, deberías prender fuego a este libro ahora mismo o te arrepentirás de las consecuencias.

Adelante. ¿A qué estás esperando? ¿No tienes fuego? Pídeselo a alguien. Suplícale. Es una cuestión de fuego o muerte, ¡créeme! ¿Puedes creerme, por favor? No merece la pena arriesgarse a la locura y la condenación eterna por un librecito como este. ¿O acaso la merece? No, por supuesto que no. Así que quémalo. ¡Ahora! No dejes que tus ojos avancen más. Detente aquí.

¡Ay, Dios! ¿Todavía sigues leyendo? ¿Qué ocurre? ¿Crees que te estoy gastando una bromita estúpida? Confía en mí, no es así. Lo sé, lo sé, estás pensando que tan solo se trata de un libro lleno de palabras, como cualquier otro. ¿Y qué son las palabras? Marcas negras sobre papel blanco. ¿Qué puede tener de malo algo tan simple? Si dispusiera de diez siglos para responder a esa pregunta, apenas podría arañar la superficie de los monstruosos hechos que se podrían instigar y exacerbar mediante las palabras de este libro. Pero no tenemos diez siglos. Ni siquiera tenemos diez horas, ni diez minutos. Sencillamente, vas a tener que confiar en mí. Te lo simplificaré todo lo que pueda:

Este libro te hará un daño indescriptible a menos que hagas lo que te estoy pidiendo.

Puedes hacerlo. Simplemente, deja de leer...

¡Ahora!

¿Cuál es el problema? ¿Por qué sigues leyendo? ¿Es porque no sabes quién soy, o qué? Supongo que no puedo culparte. Si yo hubiese cogido un libro y me hubiese encontrado a alguien dentro que me hablase del modo en que yo te estoy hablando ahora mismo, probablemente también me sentiría un poco receloso.

¿Qué puedo decir para que me creas? Nunca he sido de esos tipos con un pico de oro. Ya sabes, de esos que siempre tienen las palabras perfectas para cada situación. Solía escucharlos cuando no era más que un demonio pequeño y...

¡Infiernos y demonios! Se me ha escapado sin querer. Me refiero a lo de que soy un demonio. Bueno, ahora ya está. Acabarías imaginándotelo tarde o temprano.

Sí, soy un demonio. Mi nombre completo es Jakabok Botch. Sabía lo que significaba, pero lo he olvidado. Antes

lo sabía. He estado preso en estas páginas, atrapado en las palabras que estás leyendo ahora mismo y abandonado en la oscuridad la mayor parte del tiempo, amontonado durante muchos siglos en una pila de libros que nunca abría nadie. Ya ves, esta es mi biografía. O, si lo prefieres, mi confesión: un retrato de Jakabok Botch.

No me refiero a un retrato literalmente. No hay ninguna fotografía en estas páginas, lo cual probablemente sea lo mejor, porque no soy demasiado agradable a la vista. Al menos no lo era la última vez que me vi.

De eso hace mucho, pero que mucho tiempo. Cuando era joven y tenía miedo. ¿De qué?, te preguntarás. De mi padre, papá Gatmuss. Trabajaba en las calderas del Infierno y cuando llegaba a casa después del turno de noche estaba de tan mal humor que mi hermana Charyat y yo nos escondíamos de él. Mi hermana era un año y dos meses más joven que yo y, por alguna razón, cuando mi padre la atrapaba, la golpeaba sin cesar y no se quedaba satisfecho hasta que ella lloraba a moco tendido y le suplicaba que parase. Así que empecé a esperarlo. Más o menos a la hora a la que él emprendía el camino de vuelta a casa, yo trepaba por la bajante hasta el tejado y lo esperaba. Reconocía su paso (o su tambaleo, cuando había estado bebiendo) en cuanto doblaba la esquina de nuestra calle. Eso me proporcionaba tiempo para bajar por la tubería, buscar a Charyat y encontrar un lugar seguro adónde ir hasta que él hubiera acabado de hacer lo que siempre hacía cuando, borracho o sobrio, llegaba a casa: pegar a nuestra madre. A veces con las manos desnudas, pero a medida que se iba haciendo viejo empezó a hacerlo con una de sus herramientas de trabajo que siempre traía a casa con él. Ella nunca gritaba ni lloraba, lo cual ponía aún más furioso a mi padre.

Una vez le pregunté a mi madre muy bajito por qué nunca hacía ruido cuando él le pegaba. Alzó la cabeza y me miró. Estaba de rodillas tratando de desatascar el retrete; el

hedor era insoportable y las moscas volaban frenéticas por la pequeña estancia.

—Nunca le concedería la satisfacción de saber que me ha hecho daño —respondió.

Doce palabras. Eso era todo lo que tenía que decir al respecto. Pero puso tanto odio y tanta furia en aquellas palabras que fue un milagro que las paredes no se agrietasen y la casa no se derrumbase sobre nuestras cabezas. Sin embargo, ocurrió algo peor: mi padre se enteró.

Aún no he conseguido averiguar cómo se enteró de lo que estábamos diciendo, aunque sospecho que tenía chivatos zumbones entre las moscas. No recuerdo demasiado de lo que nos hizo, excepto que me metió la cabeza en el retrete atascado... Eso sí lo recuerdo. La expresión de su rostro también está grabada en mi memoria.

¡Demonios, qué feo era! En la mejor de sus épocas bastaba con verlo para que los niños salieran corriendo y chillando y los viejos diablos se agarraran el corazón y cayeran al suelo fulminados. Era como si cada uno de los pecados que había cometido hubiera dejado una marca en su rostro. Tenía los ojos pequeños y la carne que los rodeaba estaba hinchada y llena de magulladuras. Su boca era grande como la de un sapo, con los dientes de un tono amarillento tirando a marrón y puntiagudos, como los de un animal salvaje. También apestaba como un animal, como un animal muy viejo y muy muerto.

Y esa era mi familia: mamá, papá Gatmuss, Charyat y yo. No tenía amigos; los demonios de mi edad no querían que los vieran conmigo. Como procedía de una familia tan desastrosa, se avergonzaban de mí: me tiraban piedras para que me alejara de ellos, o excrementos. Así que, para no convertirme en un lunático, escribía todas mis frustraciones sobre cualquier cosa en la que pudiera hacerlo (papel, madera, incluso trozos de ropa) que luego escondía bajo una tabla suelta del suelo de mi cuarto. Me volcaba completamente en aquellas páginas. Fue la primera vez que com-

prendí el poder de lo que tú estás mirando ahora mismo: las palabras. Con el tiempo, me di cuenta de que si escribía en mis páginas todas las cosas que deseaba hacer a los niños que me humillaban, o a papá Gatmuss (tenía algunas buenas ideas sobre cómo hacer que se arrepintiera de sus brutalidades), entonces la ira no dolía tanto. A medida que iba creciendo y las chicas que me gustaban me arrojaban piedras del mismo modo que sus hermanos habían hecho unos años atrás, regresaba a casa y me pasaba media noche escribiendo sobre cómo me vengaría algún día. Llené páginas y páginas con todos mis planes y conspiraciones, hasta que acumulé tantas que apenas tenía espacio para acomodarlas en mi escondrijo bajo la tabla.

Debería haber pensado en otro lugar, uno más grande, para mantenerlas a salvo, pero había usado aquel hueco durante tanto tiempo que no me preocupé. ¡Estúpido, estúpido! Un día llegué a casa del colegio, corrí escaleras arriba y descubrí que todos mis secretos, mis *Páginas de Venganza*, habían sido desenterradas y estaban amontonadas en medio del cuarto. Yo nunca me había arriesgado a sacarlas de su escondite todas a un tiempo, así que fue la primera vez que las veía todas juntas. Había muchísimas; cientos. Por un minuto me sorprendí, incluso me enorgullecí de haber escrito tanto.

Entonces entró mi madre, con un aspecto tan furioso que supe que iba a recibir la paliza de mi vida por aquello.

—Eres una criatura egoísta, malvada y horrible —me dijo—. Ojalá no hubieras nacido.

Traté de mentirle:

—Es solo una historia que estoy escribiendo —le contesté—. Sé que ahora mismo hay nombres reales ahí, pero era solamente hasta que encontrase otros mejores.

—Lo retiro —respondió mi madre y, por un momento, creí que mi excusa había surtido efecto; pero no—. Eres una criatura mentirosa, egoísta, malvada y horrible. —Sacó un cucharón de madera que llevaba oculto a la espalda—.

¡Te voy a pegar tan fuerte que nunca más, nunca más, ¿me oyes?, volverás a perder el tiempo inventando crueldades!

Sus palabras me trajeron a la mente otra mentira. Pensé: *Voy a intentarlo, ¿por qué no? Me pegará de todos modos, así que ¿qué puedo perder?* Y le dije:

—Sé lo que soy, mamá. Soy parte de la demonidad. Tal vez solo sea uno pequeño, pero soy un demonio después de todo. ¿Acaso no es verdad?

Ella no respondió, así que continué:

—Y pensé que se suponía que tenía que ser egoísta y malvado y todo lo demás que has dicho que soy. Escucho a los demás niños hablar de ello todo el rato, de las cosas terribles que van a hacer cuando terminen el colegio: de las armas que van a inventar y a vender a la especie humana, y de las máquinas de ejecución. Eso es lo que de verdad me gustaría hacer: me gustaría crear la mejor máquina de ejecución que nunca se haya...

Me detuve. Mamá tenía un aspecto desconcertado.

—¿Qué ocurre?

—Solo me preguntaba cuánto tiempo te voy a dejar seguir diciendo tonterías antes de darte una bofetada que te devuelva el juicio. ¡Máquinas de ejecución! ¡No tienes cerebro suficiente para semejante cosa! Y sácate las puntas de tus colas de la boca, te vas a pinchar en la lengua.

Cogí las puntas, que siempre mordisqueaba cuando estaba nervioso, y las saqué de entre mis dientes mientras trataba de recordar lo que había oído decir a los niños demonio sobre el arte de matar gente.

—Voy a inventar el primer destripador mecánico —dije.

Los ojos de mi madre se abrieron como platos, creo que más por la impresión de oírme utilizar palabras tan largas que por el concepto en sí mismo.

—Tendrá una rueda gigante para desenrollar los intestinos de los condenados. Y voy a venderlo a los reyes y príncipes más sofisticados y civilizados de Europa. ¿Y sabes qué más?

La expresión de mi madre no se alteró en absoluto. Ni un guiño, ni un temblor en los labios. Se limitó a decir con tono monótono:

—Te escucho.

—¡Sí! ¡Exacto! ¡Escuchar!

—¿Qué?

—Las personas que pagan por una buena localidad en una ejecución se merecen oír algo mejor que los gritos de la persona mientras la destripan. ¡Necesitan música!

—Música.

—¡Sí, música! —respondí. Estaba completamente embelesado por el sonido de mi propia voz. Ni siquiera estaba seguro de cuál sería la siguiente palabra que saldría de mi boca, pero confiaba en la inspiración del momento—. Dentro de la enorme rueda habrá otra máquina que reproducirá bonitas melodías que agraden a las damas, y cuanto más grite la persona, mayor será el volumen de la música.

Seguía mirándome sin inmutarse un ápice:

—¿De verdad has pensado en todo eso?

—Sí.

—¿Y eso que has escrito?

—Solamente anotaba todos los pensamientos horribles que tengo en la cabeza. Para inspirarme.

Mi madre me observó detenidamente durante lo que me parecieron horas, escrutando cada centímetro de mi rostro como si supiera que la palabra «mentiroso» estaba escrita en algún lado. Pero finalmente interrumpió su examen y dijo:

—Eres extraño, Jakabok.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende de si a uno le gustan los niños extraños —respondió.

—¿A ti te gustan?

—No.

—AH.

—Pero yo te parí, así que supongo que tengo que asumir parte de la responsabilidad.

Era lo más bonito que me había dicho nunca. Habría vertido alguna lágrima si hubiera tenido tiempo, pero mi madre tenía órdenes para mí:

—Lleva todos esos garabatos tuyos al fondo del patio y quémalos.

—No puedo hacer eso.

—¡Puedes y vas a hacerlo!

—Pero me ha llevado años escribirlo.

—Y arderá en un par de minutos, lo cual debería enseñarte algo sobre este mundo, Jakabok.

—¿Como qué? —pregunté con gesto agrio.

—Como que se trata de un lugar en el que todo aquello por lo que trabajas y te preocupas te será arrebatado tarde o temprano, y no hay nada que puedas hacer al respecto. —Por primera vez desde que había comenzado el interrogatorio, apartó la vista de mí—. Yo una vez fui hermosa —dijo—. Sé que ahora no puedes imaginártelo, pero lo fui. Y entonces me casé con tu padre y todo lo hermoso que había en mí y en aquello que me rodeaba se convirtió en humo. —Se produjo un largo silencio. Entonces su mirada volvió en mi dirección—. Exactamente igual que lo harán todas tus páginas.

Supe que no había nada que pudiera decir para convencerla de que me dejara conservar mis tesoros. Y también supe que se aproximaba la hora en que papá G. regresaba de las calderas y que mi situación empeoraría mucho si él cogía alguna de mis *Historias de Venganza*, porque las cosas más terribles que había inventado las había reservado para él.

Así que comencé a tirar mis preciosas páginas en un gran saco que mi madre había dejado junto a ellas con ese propósito. De vez en cuando ojeaba una frase que había escrito y con un solo vistazo, recordaba al instante las circunstancias que me habían hecho escribirla y cómo me ha-

bía sentido mientras garabateaba las palabras; si estaba tan furioso que el bolígrafo se había roto bajo la presión de mis dedos, o tan humillado por algo que alguien había dicho que había estado al borde de las lágrimas. Las palabras eran parte de mí, parte de mi mente y mi memoria, y ahí estaba yo tirándolas todas (mis palabras, mis preciadas palabras junto con la parte de mí que las acompañaba) en un saco, como un desperdicio cualquiera.

Por un momento pensé en intentar guardarme una de las páginas más especiales en el bolsillo, pero mi madre me conocía demasiado bien: no me quitó los ojos de encima ni un momento. Me observó mientras llenaba el saco, siguió mis pasos hasta el patio y se quedó de pie a mi lado mientras vaciaba el saco, cogiendo las hojas que volaban del montón y apilándolas junto a las demás.

—No tengo cerillas.

—Hazte a un lado, niño —dijo.

Sabía lo que iba a ocurrir, así que me separé rápidamente de la pila de hojas. Fue un sabio movimiento, porque en cuanto di el siguiente paso oí cómo mi madre arrancaba ruidosamente una gran flema. Volví la vista hacia mis preciados diarios al mismo tiempo que ella les escupía. Si simplemente les hubiese escupido, no habría sido tan horrible, pero mi madre procedía de una larga casta de poderosos pirománticos. En cuanto la flema salió volando de entre sus labios, se volvió brillante y estalló en llamas, acertando con horrible precisión en la caótica pila de diarios.

Si se hubiese tratado de una simple cerilla arrojada sobre el trabajo de mi juventud, esta se habría carbonizado por completo sin tan siquiera prender una sola página. Pero fueron las llamas de mi madre las que aterrizaron sobre los diarios y, nada más chocar contra ellos, arrojaron cintas de fuego en todas direcciones. Me quedé mirando por un momento las páginas en las que había vertido toda la ira y la crueldad que había hecho crecer dentro de mí. Al instante,

aquellas mismas páginas se consumieron con el fuego de mi madre devorando el papel.

Yo seguía de pie a poco más de un paso de la hoguera; el calor era atroz, pero no quería alejarme de él, incluso aunque mi pequeño bigote, que había cuidado con esmero (era mi primer bigote) se estuviera chamuscando con el calor; incluso a pesar del olor, que provocaba que me escocieran las fosas nasales y me lloraran los ojos. De ningún endemoniado modo iba a permitir que mi madre viese lágrimas en mi rostro. Alcé la mano para enjugármelas rápidamente, pero no hizo falta: el calor las había evaporado.

No cabe duda de que si mi cara estuviera cubierta, como la tuya, de delicada piel en lugar de escamas, se habría ampollado a medida que el fuego consumía mis diarios. Pero mis escamas me protegieron, al menos durante un rato. Entonces empecé a sentir como si mi rostro se estuviese friendo, pero continué sin moverme: quería permanecer lo más cerca posible de mis amadas palabras. Sencillamente me quedé donde estaba, viendo como el fuego hacía su trabajo. Tenía un modo sistemático de deshacer cada uno de los libros página a página, calcinando una para exponer la siguiente, que a su vez se consumía con rapidez y me permitía vislumbrar retazos de máquinas de la muerte y de venganzas que había descrito antes de que el fuego se las llevara.

Permanecí allí de pie inhalando el aire abrasador mientras mi cabeza se llenaba con visiones de los horrores que había conjurado en aquellas páginas: vastas creaciones que habían sido diseñadas para provocar a cada uno de mis enemigos (o sea, a todo el que conocía, porque no me gustaba nadie) una muerte tan lenta y dolorosa como fuese posible. Ya ni siquiera era consciente de la presencia de mi madre. Tan solo tenía los ojos clavados en el fuego, el corazón me latía con fuerza dentro del pecho debido a mi proximidad al calor y mi cabeza, a pesar de las atrocidades que la ocupaban, estaba extrañamente despejada.

Entonces...

—¡Jakabok!

Todavía estaba lo bastante lúcido como para reconocer mi nombre y la voz que lo pronunciaba. Aparté la vista de la cremación de mala gana y la alcé a través del aire resquebrajado por el calor hacia papá Gatmuss. Sabía que no estaba de buen humor por el movimiento de sus dos colas, que se mantenían erguidas desde la raíz por encima de las nalgas, enroscándose la una en la otra y desenroscándose, todo ello a una gran velocidad y con una fuerza tal que parecía que la una quisiera estrangular a la otra hasta hacerla reventar.

Yo heredé esa atípica doble cola, por cierto; fue uno de los dos dones que él me otorgó. Pero no me sentía precisamente agradecido en ese momento, cuando él avanzó pesadamente hacia el fuego mientras le gritaba a mi madre al mismo tiempo, exigiendo saber qué hacía encendiendo hogueras y, en cualquier caso, qué era lo que estaba quemando. No oí la respuesta de mi madre. La sangre bullía en mi cabeza con tal volumen que era lo único que podía oír. Sus peleas y ataques de furia podían durar horas, así que volví a observar con cautela el fuego que, gracias al enorme volumen de papel que se estaba consumiendo, todavía ardía con más violencia que nunca.

Ya llevaba varios minutos respirando de un modo superficial, mientras mi corazón tamborileaba salvajemente. Entonces, mi consciencia se agitó como la llama de una vela con una ráfaga de viento; sabía que en cualquier momento se desvanecería, pero no me importaba. Me sentía extrañamente apartado de todo, como si nada de aquello estuviera sucediendo realmente.

Entonces, sin previo aviso, me fallaron las piernas y caí inconsciente de bruces...

sobre...

... las...

... llamas.

Ahí tienes. ¿Ya estás satisfecho? Nunca le he contado a nadie esta historia en los muchos cientos de años que hace que ocurrió. Pero ahora te la he contado a ti solo para que veas lo que me hacen sentir los libros. Por qué necesito verlos quemados.

No es difícil de entender, ¿verdad? Era un niño demonio que vio como su trabajo estallaba en llamas. No fue justo. ¿Por qué tuve que perder la oportunidad de contar mi historia cuando son cientos quienes, con historias mucho más aburridas que contar, publican libros todo el tiempo? Yo conozco el tipo de vida que llevan los escritores: se despiertan por la mañana, da igual lo tarde que sea, se sientan ante su escritorio sin tan siquiera asearse, encienden un cigarro, se beben su té y escriben la primera basura que se les viene a la cabeza. ¡Menuda vida! Yo podría tener una vida como esa si mi primera obra maestra no hubiera sido quemada ante mis ojos. Y hay grandes cosas dentro de mí. Obras que harían llorar al Cielo y arrepentirse al Infierno. Pero ¿he conseguido escribirlas, verter mi alma en unas páginas? No.

En lugar de ello, soy un prisionero entre las cubiertas de este miserable volumen, con tan solo una petición que hacer a alguna alma caritativa:

Quema este libro.

No, no y no.

¿Por qué estás dudando? ¿Crees que encontrarás excitantes detalles sobre la demonidad aquí? ¿Algo depravado, obsceno, como las chorradas que has leído en otros libros sobre el inframundo (o el Infierno, si lo prefieres)?

La mayoría de esas cosas son inventadas. Lo sabes, ¿no? No son más que chismorreos y supersticiones mezclados por algún autorucho especulador que no sabe nada acerca de la demonidad: nada.